

OBERTURA



Cuerpo y recreación Reconfiguración subjetiva a través del uso de las prácticas lúdico-creativas¹

JORGE ALBERTO PALACIO CASTAÑEDA²

*Cómo decirte, cómo contarte
cada noche un rollo nuevo
ayer el yoga, el tarot, la meditación
hoy el alcohol y la droga
mañana el aerobio y la reencarnación.
Cómo decirte, que el cielo está en el suelo
que el bien es el espejo del mal, cómo contarte
que al tren del desconsuelo, si subes no es tan fácil bajar.
Cómo decirte, que el cuerpo está en el alma
que Dios le paga un sueldo a Satán.
Cómo contarte, que nadie va a ayudarte
si no te ayudas tú un poco más.*

Joaquín Sabina

1 Una primera versión de este texto fue presentado en el Congreso Colombiano de Psicología 2013, "Por la reconstrucción del tejido social", COLEGIO COLOMBIANO DE PSICÓLOGOS (COLPSIC) Y ASOCIACIÓN COLOMBIANA DE FACULTADES DE PSICOLOGÍA (ASCOFAPSI), Bogotá D.C.

2 Profesional Investigador IDEP, profesor Universidad de los Andes. Psicólogo, Universidad de los Andes; Master en Ciencias de la Actividad Física de la Universidad de Montréal.

Para empezar

En este documento se busca señalar la importancia actual de las culturas y prácticas asociadas con la recreación, en lo que el autor ha denominado en diferentes contextos "las prácticas sociales no formales en la sociedad contemporánea". Las prácticas recreativas en su intención más profunda, se dirigen de manera principal a facilitar el logro de los propósitos de autoconocimiento y autocuidado. Su importancia radica entonces no solo en una dimensión macro en su progresivo auge en la agenda de países y ciudades, sino también, en una dimensión micro, en su riqueza, en la transformación y enriquecimiento de la vida personal y colectiva, y en sus efectos en lo social.

Tres elementos se ponen en juego en el desarrollo de este texto: de una parte, el tema de las culturas recreativas, que asocia las prácticas vinculadas a este campo, con el tema de la cultura. En segunda instancia, la centralidad del cuerpo y la reconfiguración del sujeto a través del desarrollo y participación en este tipo de prácticas. Y finalmente la consideración de algunas puntadas urgentes para el desarrollo de la actividad pedagógica, que se derivan de su puesta en escena.

Hoja de ruta

Mucho me he preguntado cuál sería la mejor forma de abordar este texto, en el que se mezclan elementos de importancia y novedad. He decidido hacerlo a la manera de un relato construido desde la mirada que me da la experiencia, mi experiencia, haciendo el ejercicio un poco más lúdico y, a lo mejor, quien quita, más lúcido.

Teniendo en cuenta que soy tanto el compilador, así como una especie de editor preliminar de este libro y de los documentos que aquí se presentan, lo tomaré como una oportunidad. Trataré entonces de hacer acopio de mis antecedentes en la materia, ensayaré plantearme una estrategia efectiva para comunicar mis ideas sobre el tema, e intentaré dejar una serie de inquietudes, que como suelen decir los autores más connotados, espero que susciten más preguntas que respuestas. Lo anterior, advierto, no es un acto de generosidad de mi parte, sino la cruda realidad que me señala que en este momento tengo más preguntas que respuestas.

Con estos elementos trataré entonces de hacer un ejercicio de reflexión basado en mi experiencia profesional y en las disquisiciones conceptuales que la acompañan, involucrando en ello el aporte de uno que otro autor, sin ninguna pretensión de ser exhaustivo y con el cuidado, eso espero, de no dejar a los lectores extenuados. Trataré simplemente de hacer lo que en algún comercial de televisión llamaban: "Mezclar mentol con eucaliptus para una afeitada más al raz", y desde ya y hasta el final, poder decir, como lo hace un amigo: "Haré lo que pude".

Intentaré, entonces, trabajar los tres temas que propongo, introduciendo las siguientes coordenadas: primero hablaré, en un lenguaje más bien coloquial, que espero sea ilustrativo, de aquellas prácticas que de manera general, podrían llamarse prácticas recreativas y que abarcan lo que en otros contextos he denominado “prácticas sociales no formales en el mundo contemporáneo”, especialmente en lo que se conoce como la vida urbana actual. Aquí avanzaré con algunos ejemplos de la vida cotidiana en el reconocimiento de estas como prácticas culturales. Dejaré entrever el carácter cultural de la recreación y su dimensión pedagógica, como asuntos fundamentales de una posible caracterización. Posteriormente, en un lenguaje que pretendo amigable, pero menos anecdótico, trataré de acercarme a lo que se ha llamado la centralidad del cuerpo para el sujeto moderno, dejando sentado que las prácticas recreativas exploran y comprometen la actividad estésico-corporal.

Finalmente, echaré una mirada sobre la manera en que los saberes asociados a la psicología han generado tecnologías y discursos que han sido apropiados en otros ámbitos profesionales, en este caso, la recreación, y de qué manera la recreación como campo se ha apropiado de los discursos de los psicoperos. Trataré, entre tanto, de merodear la noción de sujeto relacional y de subjetividad, un concepto que resulta muy importante hoy en día en las diversas disciplinas de las ciencias sociales, como la sociología, la antropología o el psicoanálisis, al cual la psicología se ha acercado de manera tímida aún, y trataré de esbozar mi comprensión, igualmente tímida todavía, sobre lo que significa el vínculo entre las prácticas recreativas y los procesos de subjetivación.

Habiendo puesto de presente esa relación, intentaré establecer un puente entre estos dos elementos y el tema de la construcción del tejido social, para dejar sentado lo que podríamos llamar un círculo virtuoso, que es acción constructiva y aparentemente principal, a la cual se suelen destinar los esfuerzos en el uso de dichas prácticas. Efectivamente el valor de esas prácticas no se agota en su función de divertimento, pasatiempo o entretenimiento, ni en la función de llenar el tiempo de la gente, sino en el carácter potenciador que les es propio, sin importar el tiempo.

Culturas y prácticas recreativas

Estando aún en la universidad en el proceso de formación en psicología, varios asuntos me atravesaban día a día: de una parte mi interés en los temas culturales que me hacían acercar a las ofertas de los departamentos de ciencias sociales y de humanidades, hablando de manera general. Estábamos para ese entonces inundados de psicología conductual, y de una serie de ejercicios y conceptos muy vinculados a la mirada norteamericana, que a muchos nos resultaba tan exótica como la nuestra a ellos, por no decir irrelevante y bastante árida. Los temas importantes de la vida de las personas, como el amor o la muerte, no aparecían por ninguna parte, y había que buscarlos en

el cine o en las obras literarias, aunque más tarde ya todos éramos conscientes de que para encontrármelos, solo había que ir a la vuelta de la esquina.

Quizá por eso, años más tarde frente a un grupo de estudiantes (no frente a un pelotón de fusilamiento como le tocó a Aureliano Buendía, aunque como profesor a veces se siente uno así), habría de recordar el día en que inicié mis estudios de psicología pensando en la filosofía de la vida cotidiana y me había encontrado cara a cara con la ingeniería del comportamiento. De tal modo que algunas de mis escapadillas de clase tenían que ver normalmente con que me resultaba más interesante y divertido un partido de microfútbol que una clase de metodología o un análisis de regresión múltiple, que en todo caso era un asunto distinto a una regresión psicológica, pero todavía, aunque lo intuía, no lo entendía.

Sin embargo, empezaba a preguntarme qué de psicológico y de pedagógico tenía el partido de microfútbol, por qué resultaba tan vinculante con todos aquellos con los que lo practicábamos y de qué manera contribuía a construir grupos de amigos, redes de conocidos y comunidades de interesados (*networking* de la época) e interesadas (tengo que decirlo, pero no por asuntos de género o asunción de posiciones políticamente correctas, tan en boga hoy en día). Al mismo tiempo, no con el mismo entusiasmo, me asomaba a la razón de ser, bastante esquiva no obstante, de un curso de diseño de investigación, una función estadística o la construcción de un instrumento de evaluación.

En psicología social solamente contábamos con conceptos tan inútiles en la práctica como la disonancia cognoscitiva, que se hacían presentes en el momento de la problemática, pero no en el de la “solucionática”, en situaciones definitivas como decidir, por ejemplo, ponerse a estudiar o irse al cine un domingo por la tarde, comprarse media de ron o una completa de moscato un sábado por la noche, o enfrentarse a la cruda realidad que en el béisbol aborda al bateador cuando el conteo va en dos strikes y tres bolas, y que los locutores emocionados suelen nombrar como el dilema inequívoco de hallarse “entre la rubia o la morena”. Bueno, esto también podía pasar un viernes por la noche.

Mientras el fantasma del autor de tan ilustre teoría me perseguía en más de una ocasión, fue apareciendo en el horizonte un invento que se me antoja de confección latinoamericana con su fuerte presencia, que dio en llamarse la psicología comunitaria. Y como esta tenía algo de psicología política y quienes creímos estar haciendo en algún momento trabajo comunitario habíamos evidenciado que el ejercicio político más aburrido del mundo es citar en una comunidad a un grupo de personas para hablar del materialismo dialéctico, mis preocupaciones volvieron al punto de preguntarme de qué manera los encuentros cotidianos de la vida, aquellos con carácter lúdico y festivo, contribuían a hacer más comunidad que los grupos de estudio o los talleres para generar conciencia.

Definitivamente resulta más vinculante un festival que un congreso internacional, aunque este último parezca más serio. Claro, eso depende de cómo se tome uno el congreso, pero siempre hay que tener cuidado de que no se convierta en una farra de arrabal, como pasa algunas veces. Cada cosa en su lugar. Digamos en síntesis que ese puede ser un buen punto de partida. El valor comparativo de lo lúdico y de las experiencias recreativas que configuran vínculos y generan transformaciones personales.

Un asunto clave en este contexto es entender las prácticas recreativas como prácticas culturales. Esto a veces se dificulta por la tradición académica y profesional que ha situado en las facultades y departamentos de Educación Física el lugar de la reflexión y la formación para el ejercicio de la recreación como profesión. Sin embargo, el espectro de estas prácticas es bastante amplio y convoca lo que algunos llaman “prácticas de tiempo libre” y otros, “prácticas de ocio”: las artes, los deportes, el turismo, los deportes de aventura, el campismo y otras prácticas de educación ambiental. Se trata, dicho sea de paso, de un campo en el que convergen variadas disciplinas.

Para ilustrar la relación entre prácticas recreativas y culturales me gusta traer a colación la película de Jocelyn Moorthouse: *American Quilt* (Colcha de retazos), en la que Winona Ryder haciendo las veces de una estudiante en el proceso de elaboración de su tesis de grado, visita semanalmente a su grupo de amigas y a su abuela para recoger información, a través de la elaboración de una colcha de retazos —tejido colectivo que se realiza por tradición, como regalo de bodas, en este caso para la nieta, nuestra protagonista, quien está próxima a contraer matrimonio—, en una especie de ejercicio de observación participante.

En el devenir de los encuentros, en lo que nosotros comúnmente llamaríamos el costurero, historias de vida de mujeres, bueno también historias “indebidas”, van constituyendo el centro del relato cinematográfico y en términos investigativos, de esta aproximación etnográfica. En medio de su trabajo, nuestro personaje principal se ve enriquecida por la experiencia de las otras, al estar inmersa en una enriquecedora experiencia de formación. ¿Cómo podríamos denominar esta práctica? ¿Es una práctica recreativa o es una práctica cultural? Sin duda podríamos referirnos a ella usando cualquiera de los dos términos sin temor a equivocarnos. Su relación es tan próxima y se articulan de manera tan estrecha, que correríamos el riesgo de apuntar en una dirección mientras pensamos en la otra.

Otro ejemplo interesante en este sentido, lo encontramos en las actividades de lo que se conoce como la narración oral escénica. Para no llevar a confusiones, pensaría yo que hoy en día en nuestro contexto esta actividad se ha abierto en al menos tres expresiones: la más común, la que se desarrolla en las plazoletas y los parques, pero también en las universidades; es la que conocemos como cuentería; la derivación hacia arriba, no tanto en la calidad como en “la distinción” que le da el nombre en inglés de *stand up comedy*, que es la cuentería con ropita de marca; y la derivación hacia

abajo, no tanto en el caché como en la calidad, que le da el nombre comercial para televisión de “los comediantes de la noche” o similares, que es la cuentería sin ropita. Pues bien, la narración oral escénica es una expresión muy cultivada en América Latina; recoge antecedentes de la transmisión oral de historias y leyendas, de la literatura en versión urbana contemporánea y del trabajo escénico de bajo costo, que tomó de los conocidos monólogos, las puestas en escena minimalistas.

Elementos interesantes del trabajo de los narradores orales es que recogen referentes de la tradición o construyen historias situadas en jergas actuales; transfieren recursos en algo que ellos conocen como tomar prestado de un gran amigo o amiga cuentera, siempre citando al autor, claro está, crean una especie de hipervínculos entre historias o situaciones, y nos hacen recuperar parte de nuestra memoria, mirarnos en nuestros logros o en nuestras pequeñas desgracias, para, al final, dejarnos esbozando una sonrisa y una sensación de que algo pudimos haber aprendido de ellos y con ellos en solitario y en colectivo. Vuelve a aparecer la disyuntiva entre la actividad cultural o la recreativa, o si queremos, desaparece la disyuntiva al entender que se trata tanto de lo uno como de lo otro. Hemos visto en estos dos casos situaciones de las cuales somos por un lado, espectadores y por el otro, si nos situamos en los lugares particulares de los personajes de las historias o en los artistas que los representan, hacedores de experiencias que nos dejan cierto aroma de transformación personal.

Centralidad del cuerpo

En este punto de la historia es necesario destacar el lugar del cuerpo en la experiencia recreativa, con sus propias temporalidades y espacialidades en movimiento. ¿Qué factores destacados han llevado al cuerpo a ocupar una posición central en el sentido actual de lo humano? O dicho de otro modo, ¿qué procesos han contribuido a establecer la centralidad del cuerpo como condición humana y cuáles son sus manifestaciones específicas en el mundo contemporáneo? La reformulación de la pregunta supone reflexionar sobre las condiciones que posibilitan el surgimiento de la centralidad del cuerpo y desde las manifestaciones específicas, referidas a las formas, expresiones, movimientos que afirman e inciden sobre el desarrollo de esas condiciones.

En cuanto al primer aspecto, quisiera mencionar las transformaciones en la organización del trabajo a partir del surgimiento de la era industrial, el desarrollo del individualismo en tiempos del capitalismo global y las promesas de libertad, que se relacionan de manera directa con las dinámicas del mercado. En cuanto al segundo aspecto, quisiera tener en cuenta manifestaciones como la comercialización del cuerpo; el interés por lo bello o lo feo, por lo armónico o lo bizarro; las luchas identitarias; las intervenciones estéticas o terapéuticas sobre el cuerpo; los estilos de vida y las modificaciones genéticas; las búsquedas espiritualistas de carácter holístico y el mercado de las experiencias que matizan la identidad.

Como abre bocas digamos que la Edad Media se caracterizó por la búsqueda incesante de la purificación del alma. Buena parte de las prácticas que favorecían esa intención involucraban formas diversas de acción corporal o de acción sobre el cuerpo. De acción corporal en el sentido de que los ejercicios que permitían el acercamiento a Dios suponían formas específicas de disponerse corporalmente, como en el caso de la oración o de los cánticos sacros; de acción sobre el cuerpo porque como receptáculo de las pasiones era necesario controlarlo y en muchas ocasiones castigarlo, por medio de la autoflagelación o del uso variado de dispositivos para la tortura. El cuerpo también apareció de manera preponderante en otros escenarios: en sus manifestaciones espontáneas en la vida cotidiana, en el tiempo para el derroche y para los excesos, y en las abiertas o enigmáticas exteriorizaciones del carnaval.

La modernidad supuso, sin embargo, amplias rupturas. La ciencia planteó nuevos horizontes para el sentido de la vida humana, descentrando la mirada del lugar ocupado por Dios para ubicarla en el lugar ocupado por el Hombre. El cuerpo perdió su condición sacralizada y se iniciaron desde el saber médico, las prácticas de corte y penetración, para el estudio de las partes que lo componen, desarrollando así el conocimiento propio de los anatomistas.

El comportamiento cotidiano empezó a ser moldeado por los cánones de la vida cortesana, estableciendo maneras específicas de comportarse en la mesa, en los espacios de intercambio y de relación social y en el dormitorio; asimismo se fueron delimitando los espacios para la realización de las necesidades fisiológicas y el ejercicio de la vida sexual. En general, el cuerpo se empezó a disciplinar y se fueron estableciendo espacios específicos para lo público y lo privado. Estas maneras de habitar el cuerpo emergieron en la Europa postfeudal, pero se fueron desplazando en su impacto, hacia los mundos coloniales y se amplificaron a través de los procesos de urbanización.

Cada individuo devino poco a poco en una persona natural susceptible de ser incorporada a la fuerza de trabajo. Como persona natural también adquirió ciertos derechos y ciertas obligaciones. Su ejercicio se fue volviendo personal e intransferible. El reconocimiento de ese carácter individual desdibujó todas las referencias colectivas. Desdibujar no quiere decir que las haya eliminado, sino que, como a través de un *zoom*, el individuo pasó a ser el objeto más visible de la fotografía. Esta dimensión de la individualidad se situó en el cuerpo que planteó los límites mismos de la unidad de medida de los conteos poblacionales.

La dinámica de la sociedad se reguló a través de la presión y el servicio de lo institucional; las escuelas, las industrias, los centros de entretenimiento, para los individuos disciplinados; los hospitales, las cárceles, los manicomios, para los salidos de la norma. Tanto en unos como en otros se ejerció el control, con un eje fundamental: la ac-

ción sobre los cuerpos. Sin embargo, esa unidad de medida demandó ciertas promesas. Una de ellas fue la libertad individual, que se hizo susceptible de ser ejercida en la medida en que los individuos incorporaron ciertos elementos de autorregulación.

Al mismo tiempo esa libertad se volvió acicate para exacerbar las dinámicas del consumo y del mercado. Producir para ser libre, ser libre para consumir. Estos son factores preponderantes que situaron al cuerpo en un lugar central; el cuerpo, como unidad individual, evidencia material de la condición del sujeto moderno, que como tal se expresa a través de diferentes manifestaciones. La primera de ellas la capacidad de consumo y en particular, del consumo de todos aquellos productos y servicios que se pueden inscribir en la comercialización del cuerpo.

El cuerpo en sí mismo, como objeto de consumo, aparece representado de múltiples maneras, a través del lenguaje contemporáneo de la publicidad. De aquí se derivan infinitas posibilidades, relacionadas con las alternativas que ofrecen los estilos de vida como identificación y como representación. Como identificación, en la medida en que proveen alternativas para que cada cual encuentre su propio lugar. Como representación, en la medida en que posibilitan formas diversas en las que cada cual puede ser reconocido por otros. Modos de comportarse en diferentes contextos sociales, formas de vestir, tipos de viajes para realizar, gustos culinarios, elecciones estéticas y culturales. En todos ellos con preeminencia de lo bello y lo juvenil.

En este último interés es importante el lugar de las prácticas que comportan los estilos de vida saludables y que en otra versión se refieren a las prácticas de autocuidado; en el marco de la salud pública, la actividad física y la adecuada alimentación; en el marco de la calidad de vida, aquello que te mantiene joven. Digamos que esto es lo más vendible y lo más comprable. Pero en realidad, en el mundo contemporáneo encontramos estéticas diversas, donde la fealdad también tiene su lugar. Mezcolanzas, intercambios, fusiones, abren nuevos horizontes a las formas de representarse, siempre atravesando la presencia corporal.

Simultáneamente aparecen lo que podría llamarse las paradojas del cuerpo. Expresiones de morbilidad derivadas de formas de vida que, en la mayoría de los casos, manifiestan resultados desacertados de consumo. Anorexia y bulimia en el terreno de los regímenes alimenticios. Ansiedad, angustia, depresión y pánico en el terreno del manejo del tiempo cotidiano. Consumo exagerado de drogas como alternativa a la desesperación. Todo ello ligado a la necesidad de encontrar nuevas sensaciones para hallar un lugar en medio de la soledad y para vivir nuevas experiencias como promesa del aquí y ahora de una vida valorable.

También encontramos manifestaciones que apuntan en un sentido más vital. Las luchas identitarias soportadas en la búsqueda del reconocimiento de la diversidad, planteadas por grupos poblacionales diversos, especialmente de géneros y etnias; las

búsquedas ambientalistas y en algunos casos, espiritualistas, que apuestan por una vida más armónica en la relación consigo mismo, con los otros y con el entorno, y que se manifiestan a través de prácticas diversas de carácter corporal, vinculadas a la meditación, la medicina alternativa, las prácticas de movimiento de corte oriental y las prácticas holísticas.

Todas expuestas a la lógica del consumo, pero orientadas a ponerle freno a la voracidad individual. Manifestaciones ligadas a la preponderancia del cuerpo, que es el receptáculo directo de las sensaciones, la sensibilidad y la experiencia. Y que implican un giro fundamental, “el giro corporal”, que pone en cuarentena la fuerza incuestionable de la razón, convertida durante cuatrocientos años en la fuente principal de un equívoco fundamental: creer que conocer, es lo mismo que comprender.

El devenir de la recreación

Ahora veamos de dónde surge la recreación como práctica institucional. Con la configuración de la jornada diaria de los trabajadores como resultado de luchas sociales diversas que llevaron a la organización del tiempo de trabajo y del tiempo de reposición de la fuerza de trabajo en la conocida fórmula de los tres ochos: ocho horas de trabajo, ocho de descanso y ocho de sueño; y con el crecimiento de la población en las ciudades como resultado de fenómenos de migración y desplazamiento, creció la demanda de ofertas y servicios para el tiempo de descanso, que hizo posible la aparición de formas diversas de pasar el tiempo, desde espontáneas iniciativas de individuos y grupos que desarrollaban prácticas asociadas a tradiciones traídas de sus lugares de origen, pasando por nuevas formas que resultaban del intercambio que entre ellos se generaba, hasta versiones varias de puesta en escena y espectáculos para el entretenimiento.

Aquello que hasta ese momento suponía el disfrute de alternativas para el tiempo de descanso fue convirtiéndose en un mecanismo necesario para la administración de las ciudades, a través de la puesta en práctica de ofertas para el uso del tiempo libre. La administración de este se constituyó en una herramienta para el control social, pero asimismo, en una alternativa que permitía vehiculizar mensajes favorables para otros propósitos ligados a la salud, la educación o la vida en familia.

El proceso de industrialización generó nuevas dinámicas en la vida cotidiana, no solo en cuanto a la organización del trabajo, sino también en cuanto a la organización de la vida familiar. Grandes masas de población se desplazaron a los centros de producción para incorporarse al trabajo en las industrias manufactureras, cambiando las relaciones con quienes se elaboraba el producto, y cambiando la disposición y presencia en el espacio de trabajo. De una elaboración colectiva, aunque con participación definida de acuerdo con el conocimiento y la destreza desarrollada en la relación de aprendiz a maestro, que permitía tener un conocimiento global del proceso, se pasó

a una participación puntual en la línea de producción que supone una elaboración colectiva, pero enajenada para cada individuo del proceso en su conjunto.

El sentido de lo colectivo se diluyó para quedar enfrentado a una labor con tiempos y movimientos precisos. En el contexto de la organización familiar se estableció igualmente una ruptura. El núcleo familiar se redujo y la mujer entró a participar en el trabajo asalariado. Igualmente los niños hicieron y continúan haciendo parte del potencial de la fuerza de trabajo. Al mismo tiempo se fue configurando una clase media dedicada a las labores de administración y servicio.

El ideal familiar se promovió en este contexto de manera especial, inicialmente asignando al hombre la responsabilidad por la manutención del núcleo familiar, mientras la mujer debía responder por la organización y la economía doméstica. Pero más tarde, tanto por la necesidad de garantizar una mano de obra más barata y en algunos casos más calificada por las características mismas de la actividad productiva —de más bajo costo—, como por la necesidad de ampliar los ingresos familiares para responder a la dinámica de la oferta de bienes de consumo, el conjunto de la fuerza femenina de trabajo se incorporó a la vida laboral industrializada.

Su relevancia social se ha hecho aún mayor ante los vertiginosos cambios que ha suscitado la flexibilización en las condiciones de trabajo en los últimos veinte años. La base de seguridad que el “estado de bienestar” había ofrecido en países industrializados, ideal en otros países por mucho tiempo, y que configuraba un horizonte deseable de futuro como promesa de estabilidad personal y laboral, saltó en mil pedazos en el contexto del “sálvese quien pueda” de la política neoliberal de finales del siglo pasado.

En este contexto se fueron delineando tres tendencias en relación con la manera de entender y asumir la oferta de estas prácticas. De una parte, una tendencia relativa a su potencial económico desde la perspectiva de las ofertas para grandes masas de pobladores, en estadios y escenarios masivos, así como desde su potencial como alternativa para la generación de empleo, por los grandes recursos que movilizaba, en pequeña, mediana y gran escala.

Otra tendencia relativa a su potencial político, por la posibilidad que suscita de mover masas, en la vieja fórmula del pan y circo, también, como manifestación explícita del cumplimiento de las tareas relativas a la construcción de ciudadanía y a la garantía de los derechos culturales. Y una tercera, en lo que algunos llaman las prácticas de cuidado de sí, que yo llamaría de cultivo de sí, que evidencian el reconocimiento a la diversidad social y cultural, y diría yo, a la diversidad de los deseos y posibilidades de realizarlos, en un mundo donde la experimentación y la oferta variada de experiencias son el pan nuestro de cada día.

Psicosaberes y recreación

Las prácticas recreativas como experiencias institucionalmente administradas, bien sea por instituciones del sector público o del sector privado, por grandes, medianas o pequeñas empresas, por el sector fundacional o por el sector cooperativo, tienen una función social que sigue un patrón similar al de las prácticas asociadas con los saberes derivados de la práctica psicológica.

Los psicossaberes han generado una serie de tecnologías que a través de un proceso de subjetivación, es decir, de asimilación e interiorización, facilitan en el individuo el desarrollo de mecanismos de autorregulación y control, los cuales permiten que el ejercicio de la libertad, como la posibilidad de escoger entre lo que se ofrece, esté en relación directa con el ejercicio de la autonomía, como la posibilidad de establecer los límites adecuados al comportamiento personal. Un sujeto libre es un sujeto autónomo, responsable y autorregulado.

Aunque estos saberes se manifiestan de manera específica en las tecnologías desarrolladas por la psiquiatría, el psicoanálisis y la psicología, en sus formas particulares de intervención, también han permeado muchos otros terrenos de actividad profesional. La recreación en sus diferentes formas, como institucionalización de la oferta para el uso del tiempo libre, en sus manifestaciones más elaboradas, o sea, en aquellas cuyo fin no se limita al simple divertimento, pasatiempo o entretenimiento, igualmente ha sido influida por psicodiscursos.

Es importante señalar aquí el derrotero que han seguido ciertos conceptos fundamentales en este terreno. La formación del carácter, responsabilidad especial asignada a la escuela y a la familia en la educación de los hijos, es decir, de los hombres, a principios del siglo pasado, estaba signada por un modelo de comportamiento masculino en el que se hacía especial énfasis en la capacidad para actuar de una manera racional y decidida. En este contexto los sentimientos, la sensibilidad y la duda no tenían cabida.

Sin embargo este modelo único, adecuado a una concepción relacionada con las características apropiadas del *pater familias*, no se avenía con la variabilidad de características personales que aparecían en el mundo del trabajo. Las necesidades de la selección de personal más que las caracterizaciones de la psicopatología, puso en circulación un concepto distinto que no estaba dirigido a establecer un modelo ideal en lo masculino, sino a reconocer variaciones posibles en la dimensión psicológica del ser humano, a través de la especificación de los rasgos, que como condiciones relativamente permanentes y estables en el tiempo, lo caracterizaban. Nos referimos al concepto de personalidad.

El tema de la identidad también encontró su lugar en las formulaciones de los psicosembreres, como una construcción individual que siendo edificada en los primeros años, permanece relativamente enraizada en el núcleo de la estructura psíquica, pero puede ser modificada en algunos casos como resultado de la vivencia de situaciones de crisis o de experiencias significativas. Empero, estos conceptos se fueron volviendo menos útiles en la práctica, en la medida en que parten de la base de unas características relativamente estables y difícilmente modificables en el tiempo y que involucran una construcción individual que brinda poco reconocimiento a la función de lo social.

En este devenir que señala cierta historicidad conceptual en el campo de la psicología, y no simplemente cierta diferenciación en relación con escuelas de pensamiento diversas –que resulta una hipótesis interesante–, un concepto que sale con fuerza a la luz pública, esto es, a la palestra académica, es el de subjetividad. Este concepto encuentra en el cuerpo, la otra cara de la moneda, con la cual conforma la unidad existencial mínima y por lo tanto privilegiada, para encontrar sentido a la experiencia.

Al mismo tiempo que este concepto sugiere aquella dimensión personal que se construye a través del tiempo en la relación con los otros, parece apuntar a una serie de prácticas y experiencias diversas que conducen a la constitución del yo y a la afirmación del sujeto como forjador de su propia historia. Las bondades que procuran las experiencias relacionadas con el desarrollo de la actividad subjetiva, se plantean en general como medios para la obtención de ciertos fines, que podrían dividirse en dos formas de enunciación: de un lado, aquellos referidos al mundo personal, como la búsqueda del mundo interior, el autoconocimiento o el descubrimiento de sí; de otro lado, aquellos referidos a la dinámica social, como el diálogo, los acuerdos y la cooperación. Lo que sugieren las diversas formas de expresar los beneficios de la realización y la participación en las prácticas recreativas, es esa dimensión individual, abierta a la posibilidad de transacciones en el escenario de la acción colectiva.

Prácticas recreativas y urgencias pedagógicas

La recreación supone un proceso de reconstrucción del sujeto, a través de la participación en experiencias que contribuirán a su propio crecimiento como ser humano. Por lo tanto, implica una búsqueda y un interés por encontrar caminos de cambio y transformación, al poner en juego ciertos recursos, que en otro momento histórico fueron las dimensiones negadas, y cuya expresión se posibilita a través del uso de ciertos mecanismos, que he categorizado en términos de instrumentos y condiciones para la práctica.

Dichas dimensiones involucran un horizonte de comprensión ligado a la capacidad de relacionarse consigo y con lo Otro, a través de las sensaciones y percepciones que se derivan de participar en un momento y en un lugar determinado, en actividades intencionadamente diseñadas, como en educación o en terapia, más que en situaciones desprevénidamente organizadas, o en circunstancias generadas accidental, coincidental y/o espontáneamente. En estos últimos casos, cualquiera ha vivido un encuentro casual que aunque no intencionado, le ha durado toda la vida, o una extraña coincidencia que lo ha puesto patas arriba.

Las prácticas recreativas se ponen en juego en el escenario y demarcan los puntos cardinales de una identidad móvil y diversa del sujeto moderno que señalan los puntos de tensión de su subjetividad. Es la condición de un sujeto relacional que se constituye con referencia a cuatro puntos cardinales. La relación consigo mismo; la relación con los otros; la relación con el entorno y la relación con lo trascendente, es decir, el mundo de lo íntimo y lo particular, el mundo de lo político y lo social, el mundo de lo ecológico y lo ambiental, y el mundo de lo trascendente.

El primer punto cardinal, la relación consigo mismo, o sea, la búsqueda del mundo interior, tiene un referente antiguo en prácticas de recogimiento y reflexión, que quizás, ha sido recuperado con el nacimiento de las escuelas psicológicas, especialmente aquellas fundadas en el uso de la introspección, y por la influencia de las visiones de Oriente. Como sus fuentes se remontan a otras épocas, podemos decir que el interés por encontrar el sentido de lo humano, siempre ha tenido su referente en el espacio interior. Hoy en día encontramos esta pesquisa entre las prioridades de una sociedad que se debate entre la vivencia cotidiana de lo efímero o la búsqueda de una identidad más cierta y permanente.

El segundo punto cardinal, la relación con los otros, nos presenta una faceta nueva en la interacción del ser humano con sus congéneres y es la necesaria aceptación de la diferencia, como valor esencial de la convivencia cotidiana. Hoy en día lo importante es reconocer que todos somos distintos, con referentes culturales diversos y que necesitamos establecer acuerdos para convivir.

El tercer punto cardinal se refiere a la relación con el entorno, con "gaia" –Gea– y con el universo, del cual hacemos parte. Esa relación no se refiere solamente a los comportamientos de preservación y conservación de la naturaleza, sino también a la actitud general con el sitio que habitamos como lugar de cultivo para el bienestar común.

Parece ser que el elemento crucial que establece la diferencia, es que no nos hemos asumido como partes integrantes de ese mundo que habitamos, sino que simplemente nos hemos dedicado a conocerlo, para luego dominarlo, sin ninguna intención cierta de cultivarlo. Hemos entendido, hasta hace muy poco tiempo, que al hacerlo de ese modo nos ponemos en peligro nosotros mismos.

En cuarto lugar aparece el punto cardinal de lo trascendente que nos pone en relación con el carácter holístico de nuestra esencia y de nuestra existencia. La comprensión de la relación interdependiente de la parte y el todo que nos constituye caracteriza de manera principal nuestra dimensión trascendente como expresión de una correspondencia entre lo singular y lo universal, que se ha hecho presente en múltiples visiones espiritualistas o en las versiones científicas asociadas a los nuevos paradigmas.

Del primero se desprende la necesaria recuperación de lo íntimo, de lo particular. Del segundo, la necesidad de participar en la construcción de los acuerdos; del tercero, la necesidad de constituirse en parte de un proceso global y de un proceso local, y del cuarto, la idea de que todas las cosas en el universo comparten la misma esencia; que la más pequeña de las partes lleva consigo y reproduce los elementos de aquella mucho mayor. Estos cuatro puntos cardinales, suponen el reconocimiento de lo humano como condición y como derecho, que atraviesa y se ve atravesado por su carácter biológico y por su carácter cultural. Porque lo humano remite a una condición permanente y a una cambiante. La condición permanente es lo biológico. La cambiante es lo cultural. Y viceversa.

En estas actividades, intencionalmente diseñadas, se trabaja con ciertos recursos: la intuición, como la certeza que va más allá de lo racionalmente calculado; la imaginación como el aliento del sueño en construcción y la fantasía como el impulso de la singularidad. Recursos que son propios de cada persona y que en la medida en que no corresponden a elementos de orden físico, no suponen dotaciones especiales.

También aparecen ciertos instrumentos como la metáfora: la ilusión de una sustitución que no es solo eso, sino una nueva razón; la improvisación: es fundamentalmente el mecanismo de exploración de lo inusitado; el diálogo: proceso de reflexión compartida que arroja nuevas luces, en la reelaboración verbal y escrita; los códigos lúdicos: permiten explorar formas a las cuales es imposible acceder con la sola participación de la razón. Son formas alternativas de apropiarse la realidad y hacer brotar la experiencia.

Se plantean también ciertas condiciones: una vivencia espontánea que se fundamenta en la convicción de que solamente en la relación directa y práctica la expe-

riencia adquiere significado; la exploración de los márgenes, en la combinación de lenguajes y discursos en los que es factible pasar a través de las fronteras del conocimiento; el descentramiento, que consiste en soltar las amarras que impiden al sujeto acercarse a los límites socialmente establecidos e incorporados a través de todo el proceso de socialización; la intersubjetividad que brinda el trabajo grupal como contexto propicio para el intercambio de experiencias; la dificultad, es decir, el esfuerzo que es necesario introducir en la realización de la actividad; la relación pedagógica que genera confianza y seguridad en la exploración y permite el equívoco como elemento sustancial.

Estas prácticas ponen en juego dos procesos centrales del sentido de lo humano: la simbolización y la creación. Con simbolización nos referimos a la posibilidad de tejer el mundo singular. Sin embargo, es también explorar los elementos de una singularidad compartida que recoge en el trabajo grupal, los aspectos comunes de una colectividad. Con creación nos referimos a un proceso de exploración de la acción del lenguaje y de sus recovecos, en el tránsito de la idea a la forma, de la concepción a la realización concreta.

Esos procesos, recursos, condiciones e instrumentos permiten poner en juego las “dimensiones negadas”, al reconocer, en el sujeto moderno, la centralidad del cuerpo, el valor de la experiencia, la exploración y compromiso de la subjetividad. Más aún, ya no de las múltiples identidades, sino de las diversas subjetividades que transitan por doquier, como una realidad que se construye en caminos vecinales, en veredas virtuales o en autopistas internáuticas en 4D.

Uno de los aspectos más importantes de estas prácticas, es que involucran dimensiones estéticas, lúdicas y creativas, en el compromiso de la subjetividad. Este compromiso implica dirigir la mirada hacia sí mismo, en un proceso de interiorización, en una pretensión de autoexploración y autoconocimiento, en donde la presencia de los otros garantiza la posibilidad de contrastación, uno de los recursos fundamentales para el autorreconocimiento. La transformación de la identidad implica la posibilidad de poner en riesgo la seguridad personal, pues supone el tránsito de un estado de estabilidad que entra en crisis y la conquista de una nueva estabilidad.

Para terminar

Los recreadores se encuentran por doquier. En las actividades que entidades, organizaciones y grupos de trabajo realizan en barrios y localidades. En las muestras que se ponen en escena en teatros, calles, plazas, parques y colegios. Entre organizadores de eventos y congresos internacionales. En fiestas y carnavales. Son contadores de historias que nos invitan a soñar. Son poetas diletantes. Son voluntarios

de pasiones. Son tejedores de colchas que se arman a retazos. Son reconstructores del tejido social. Cargan consigo un arsenal de herramientas pedagógicas, útiles para la transformación personal y la reconstrucción del tejido social. Tal como hace tiempo comprendimos:

*Se puede viajar por todo el mundo sin ver nada
o se puede ir a la tienda de la esquina y descubrir todo un mundo.
Se trata de captar los detalles mínimos de la vida
los que se nos escapan y de los que no pocas veces
inútilmente tratamos de escapar
y ver el universo socio-cultural que solamente a través de ellos existe.
La eternidad está en el instante; el todo se esconde en el detalle;
lo significativo se esconde detrás de lo insignificante.
Se trata de aprender a ver, a oír, a mirar, a sentir, a vivir.*

Horacio Calle

Bibliografía

- Cross, G. (1990). A social history of leisure since 1600. State College PA: Venture Publishing, INC.
- Csordas, T. (1995). Embodiment and experience: The existential ground of culture and self. Cambridge: Cambridge University Press.
- Elías, N. (1992). Deporte y ocio en el proceso de la civilización. México: Fondo de Cultura Económica.
- Le Boulch, J. (2001). En cuerpo en la escuela en el siglo XXI. Barcelona: INDE Publicaciones.
- Le Bréton, D. (1995). Antropología del cuerpo y modernidad. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Max-Neef, M. (1991). El acto creativo: de la esterilidad de la certeza hacia la fecundidad de la incertidumbre. Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Creatividad. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Palacio, J. (Comp.) (2008). Culturas recreativas y deportivas: avances y perspectivas. Bogotá: Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte. Disponible en: http://www.sdp.gov.co/portal/page/portal/PortalSDP/ciudadania/Planes-Desarrollo/BogotaSinIndiferencia/2004_2008_BogotaSinIndiferencia_c_InformeFinal_h_SectorC.pdf

- Palacio, J. (1993). Taller formativo integral en corporalidad y expresión: en busca de las dimensiones negadas. Cali: Universitas Xaveriana. Enero-junio, págs. 37-48.
- Pedraza, Z. (2007). Políticas y estéticas del cuerpo en América Latina. Bogotá D.C.: Ediciones Uniandes.
- Rojek, C. (2005). Leisure theory. New York: Palgrave MacMillan.
- Rose, N. (1999). Powers of freedom: Reframing political thought. Cambridge: Cambridge University Press.
- Shilling, C. (2008). Changing bodies: Habit, crisis and creativity. London: SAGE Publications Ltd.
- Turner, B. (1989). El cuerpo y la sociedad: exploraciones en teoría social. México: Fondo de Cultura Económica.